

Judit

Toribio Tapia Bahena

INTRODUCCIÓN

Los textos que produce un pueblo corresponden muchas veces a momentos puntuales de su vida, pero sobre todo a dimensiones existenciales que, aunque pasen los años, siguen estando vigentes. El libro de Judit es un relato creado para transmitir, entre otras cosas, la fe y la esperanza que tenía (debería tener) el pueblo en el Señor de la historia y de la creación, al mismo tiempo que dejar un modelo claro, especialmente en el papel de la heroína, que sirviera de constante referencia para la vida de los miembros de la comunidad.

Ambientación histórica

El libro de Jdt forma parte de los libros llamados «deuterocanónicos» del AT. Aunque no llegó a formar parte de la Biblia hebrea, aparece incluido en la versión griega y posteriormente fue aceptado por la Iglesia en su lista de libros inspirados.

Es una narración edificante en la que su autor, posiblemente un judío de Palestina, habla de acontecimientos históricos pasados y generalmente retocados, ubicándolos en el tiempo de sus destinatarios; esto nos invita a actuar con cautela en relación con las referencias históricas que nos presenta, pues estas están al servicio de una precisa intención de orden literario y teológico.

Según la opinión predominante, se considera que el libro de Jdt escribió en los años cercanos a la victoria de los Macabeos sobre los seléucidas, hacia el reinado de Antioco IV Epífanes (175-164) o al comienzo del de Demetrio I (162-150). A favor de esta fecha están, por ejemplo, la religiosidad de Judit tan parecida a la de los asideos (*jasidim*) del s. II, la centralidad de Jerusalén y del templo (16,1-21), la conjunción del poder político y religioso en manos del sumo sacerdote (4,6), la supremacía del consejo de ancianos de Jerusalén (cf.

4,6.8; 11,14) y la importancia dada a las observancias legales, especialmente a la de los alimentos (10,5).

Las circunstancias históricas en las que fue escrito el libro son determinantes para la vida del pueblo de Israel. El imperio griego-macedonio, iniciado por Alejandro Magno, había generado una cultura atractiva al mismo tiempo que desintegradora de la identidad de los demás pueblos. Israel ya estaba dominado políticamente; ahora corría el riesgo de perder su identidad cultural y religiosa. Si estas eran las circunstancias, no podemos pensar que la finalidad del libro fuera ingenua. Su autor echa mano de diversos elementos teológicos e históricos para animar al pueblo a que no pierda de vista que Dios camina con ellos aun en los momentos más difíciles, como lo hizo con sus antepasados. La mejor manera de garantizar esta intervención divina es la fidelidad a Dios y el compromiso personal con su plan salvífico.

Estructura general del libro

Se puede dividir el libro en dos partes que se implican mutuamente. En la primera (caps. 1-7) el ejército asirio, bajo las órdenes de Holofernes, arrasa a todos los pueblos de occidente que no han hecho caso de su llamamiento, y los somete al dominio de Nabucodonosor, sumiendo en el terror incluso a la ciudad de Betulia, en Israel, que está a punto de capitular. En la segunda parte (caps. 8-16) entra en escena Judit con su inquebrantable fe en Dios, su sabiduría, su valentía y su belleza seductora. Ella da muerte a Holofernes, y así logra la liberación de Betulia y evita la destrucción de todo Israel.

Mensaje

El libro de Jdt se puede abordar desde varios ángulos; su rica diversidad temática y la carga de ironía en su lenguaje permiten hacerlo. Se lo

puede leer; por ejemplo, desde la perspectiva opresión-liberación en la que resalta la fidelidad de Dios en el caminar de su pueblo en la historia; también se lo puede abordar destacando, sobre todo, el papel de Judit como la mujer que por asistencia de Dios libera a todo un pueblo.

Sin embargo, aunque puede haber diversidad de acercamientos, podemos estar de acuerdo en que el libro, a través de los discursos, oraciones y conversaciones, y en la misma actuación de cada uno de los personajes, nos va presentando algunos contenidos teológicos que resumimos a continuación.

Dios de la historia, Señor de la creación. Los títulos que le asigna el libro de Jdt a Dios son: Dios (4,2), Señor (4,11), Dios del cielo (5,8; 6,19), Dios de Israel (6,21), Dios y Señor de nuestros antepasados (7,28; 9,2), el Señor que decide las guerras (9,7), el Dios de los humildes, defensor de los débiles, protector de los abandonados, salvador de los desesperados (9,11), el dueño del cielo y de la tierra (9,12), el Dios Altísimo (13,18).

Estos títulos aparecen en muchos otros pasajes de la Biblia, como el Pentateuco, los profetas y los libros sapienciales. Sin embargo, la originalidad del autor del libro de Jdt está en que los emplea a propósito de una situación existencial real del pueblo de Israel y con una intención también bastante clara. Todo el ir y venir de los personajes, las situaciones extremas que se viven, lo que se dice, presentan a un Dios que se manifiesta en la historia liberando a su pueblo y que por eso es Señor de toda la creación.

Judit y el pueblo de Israel cantan, alaban y dan gracias al Señor de la Creación porque los ha liberado. El poder del Dios y Señor radica precisamente en que él es defensor de los débiles, protector de los abandonados, salvador de los desesperados.

Los obstáculos para que se manifieste la presencia de Dios no se atribuyen solamente al pretendido endiosamiento de Nabucodonosor y su ejército, ni a su capacidad destructora, sino también a la falta de esperanza y de compromiso por parte del pueblo de Israel. Judit no solo salva a Israel de caer en poder del ejército asirio y de su capitán, Holofernes, sino que también impide que el pueblo se hunda en la desesperanza y tome una determinación contraria al plan de Dios.

La responsabilidad ante la intervención salvífica de Dios. Es indudable que este libro habla mucho de Judit para dejar bien claro cuál debe ser la actitud de cada persona y del pueblo en general. Ya es muy significativo el hecho de que la heroína se llame Judit, que significa «Judía» (8,1).

Dios no interviene solo. Al principio parecería que el pueblo se encuentra solo, abandonado a su suerte y al destino que le imponen Nabudonosor y sus servidores, principalmente

Holofernes. Sin embargo, poco a poco, a medida que avanza la narración, se va haciendo claro que la intervención de Dios solo se puede lograr mediante la fidelidad de la gente, entendiendo esa fidelidad como una participación activa en el plan de Dios.

Ante el asedio de Betulia y la derrota inminente, los dirigentes del pueblo no hacen otra cosa que ponerle plazos a Dios y esperar pasivamente el fatal desenlace de los acontecimientos. Pero la pasividad se rompe cuando aparece Judit, una mujer viuda que toma la iniciativa de actuar valientemente para favorecer la presencia liberadora de Dios.

La responsabilidad de Judit se manifiesta en la decisión con que actúa y en el modo como se presenta ante la comunidad. Ella tiene un plan (8,32) y deja en claro al mismo tiempo que no está de acuerdo en que se tiene a Dios (8,11-17). Como mujer religiosa (8,6-8), conoce las actuaciones del Señor en la vida de su pueblo. Y una vez que ha ejecutado su plan, reconoce que ha sido un simple instrumento para hacer que Dios actuara.

Así Judit llega a ser un personaje que va más allá de ella misma y se convierte en un símbolo para el pueblo de Israel y para nosotros ahora. Su firme esperanza la lleva a participar activamente y con admirable responsabilidad en el plan de su Dios y Señor, de manera que el libro contrapone en forma magistral una doble actitud: la de quienes ponen a prueba a Dios, esperando pasivamente que él actúe, y la de quienes con una inquebrantable confianza en Dios se lanzan decididamente a la acción.

COMENTARIO

PRIMERA PARTE (1,1-7,32)

Toda esta primera parte está dedicada a presentar al ejército «asirio», el enemigo poderoso que domina a los pueblos vecinos y también pretende subyugar a Israel. Es un poder que aparentemente no tiene límites ni adversarios. Todos se le someten, y esta sumisión crea una situación de profunda incertidumbre en el pueblo de Israel.

Esta presentación se desarrolla en dos momentos. Primeramente, de 1,1 a 2,13, se presenta la campaña militar del rey Nabucodonosor contra su enemigo del este, el rey Arfaxad (1,1-16) y el encargo que hace a su lugarteniente Holofernes para que tome venganza de los pueblos que le han desobedecido (2,1-13).

En un segundo momento (2,14-7,32) presenta a Holofernes poniendo manos a la obra, convocando a todos los generales y haciendo los preparativos para la guerra (1,14-18), de tal

manera que todo queda listo para que se inicie la campaña contra los pueblos desde Nínive a Damasco (2,14-28) y en las tierras de Palestina (3,1-10). El pueblo de Israel, al tener noticias de la arrolladora presencia del ejército asirio, tiene miedo y se preparan para la resistencia sin mucha esperanza de sobrevivir (caps. 4-7).

Nabucodonosor y sus pretenciones de «todopoderoso» (1,1-16)

Una ubicación histórico-simbólica (vv. 1-6)

El autor comienza ubicando su libro en un tiempo imaginario: «en el año duodécimo de Nabucodonosor...» (v. 1) El hecho de que ubique a sus lectores de este modo tiene una fuerte carga simbólica: presentar a Nabudonodor como el prototipo de soberano poderoso e impío, opresor y destructor del pueblo de Dios. De hecho Nabudonodor era un personaje de sobra conocido por los judíos, pues bajo su reinado, al menos dos veces, fue asediada y capturada Jerusalén (2 Re 24,10-12 y Jr 52,28; 2 Re 25,1-2.8-10 y Jr 52,29).

El autor ubica su narración sin importarle si lo hace exactamente o no. De hecho, Nabucodonosor nunca fue rey de los asirios ni reinó en Nínive, puesto que fue rey de Babilonia desde 605 a 562 y Nínive había sido destruida por las tropas aliadas de Nabopolasar, padre de Nabucodonosor, y Ciáxares, rey de los medos, en el año 612 a.C. Otro tanto sucede con el nombre del rey medo Arfaxad derrotado por Nabucodonosor, que no es posible identificar históricamente, aunque Ecbátana haya sido realmente la capital de los Medos.

Nabudonodor y Nínive son el prototipo de la opresión y la maldad no solo para el pueblo de Israel sino para la mayoría de los pueblos. ¿Quién podría vencer a un rey y a un imperio como estos? El autor está preparando a los lectores para que vean el contraste de un pueblo tan poderoso y de generales tan preparados con la debilidad de un pueblo pequeño y de una viuda, inexperta en la guerra.

Convocatoria maléfica y victoria sobre Arfaxad (vv. 7-16)

Con la negativa de los pueblos de aliarse a él, Nabucodonosor tiene el pretexto que necesitaba para intervenir, y nuestro autor, para presentar los malévolos sentimientos e intereses del monarca.

La negativa que ha recibido de estos pueblos es un desprecio a su palabra y a su persona, al mismo tiempo que un desafío a su imperio. Él, que se autoconsidera el gran y Señor de toda la tierra (2,5), ha sido tratado como un cualquiera.

Así está retrata la prepotencia de un dominador que considera como una profunda ofensa el que no se le quieran someter; al mismo tiempo, se puede ir captando la diferencia entre Nabudonodor, que para sentirse reconocido como todopoderoso necesita que los demás sean sus vasallos, y Dios, que manifiesta su poder liberando.

Venganza de Nabucodonosor (2,1-13)

No hay peor cosa que un rey que se comporta como si fuera Dios. El autor es consciente de esto y, como parte de la introducción, presenta a un Nabudocodonosor que se siente con derecho a avasallar a los demás, porque es el gran rey y señor de toda la tierra (2,5), título que en la Biblia solo se le da a Dios (cf. Jos 3,11.13; Sal 97,5; Miq 4,13; Zac 4,14; 6,5). Más aún, el rey jura por su vida y por el poderío de su reino (2,12) –juramento que solo aparece en boca del Señor (cf. Dt 32,40; Is 49,18; Jr 22,24; Ez 5,11)–, que arrasará con quienes no han querido ser sus vasallos.

Nabucodonosor manifiesta su dominio destruyendo; Dios, en cambio, dando la vida.

Campaña contra las naciones desobedientes (2,14-3,10)

De Nínive a Damasco (2,14-28)

La orden dada por Nabucodonosor es ejecutada puntualmente y sin dilación. Holofernes prepara un inmenso ejército, ciento veinte mil hombres más doce mil arqueros a caballo, y todo lo necesario, provisiones y dinero, para la guerra. Recorrió el espacio que separa Nínive de Cilicia, en tres días, ¡casi 483 kilómetros!, y, con la misma facilidad con que Nabucodonosor había derrotado a Arfaxad, conquistó el territorio de los pueblos que se le oponían y tomó posesión del de aquellos que se rindieron, a causa del temor y el espanto ocasionados por el avance del ejército invasor (2,28).

Por las tierras palestinas (3,1-10)

La política de conquista llevada a cabo por Holofernes es atroz. Consiste en el sometimiento total de los pueblos por medio de la destrucción de cuanto poseen y de los medios mismos de subsistencia: demolición de las ciudades, incendio de los cultivos y depredación de los rebaños, junto con el exterminio de todos los que ofrezcan resistencia. A los pueblos que se someten, además de la humillación de tener que recibir al conquistador como si fuera un benefactor o un gran amigo, se les impone la renuncia a su propia identidad cultu-

ral y religiosa, debiendo reconocer y dar culto a Nabucodonosor como al único dios de toda la tierra. De allí la demolición de los templos y la tala de los bosques (3,7-8).

Con la presentación de las batallas ganadas hasta ahora termina una primera etapa de la campaña contra las naciones desobedientes. El ejército realiza una parada táctica. Acampa durante un mes para reorganizarse y preparar el ataque a la población que habita las montañas. Pero también la mención de la llanura de Esdrelón, uno de los lugares posibles de localizar el sitio con certeza, podría tener un significado simbólico, ya que allí el ejército cananeo había sido derrotado y su comandante Sísara aniquilado «por mano de una mujer», Jael (cf. Jue 4,12-22).

La destrucción ha penetrado hasta los elementos que más le dan identidad a un pueblo: sus símbolos religiosos. ¿Qué les espera a los israelitas?

Preparación de Israel para la guerra (4,1-15)

Todo lo narrado hasta aquí establece dos elementos importantes para el objetivo que se propone el autor del libro: primero, crea un contraste entre el poderoso e irrefrenable ejército guiado por Holofernes y el minúsculo y mal preparado ejército de defensores de Betulia, que tiene que enfrentar al invasor; segundo, deja bien claro que tanto atacantes como atacados tienen una motivación religiosa para actuar: mientras que Holofernes continúa cumpliendo estrictamente las órdenes recibidas de su señor, para que todas las naciones adoren únicamente a Nabucodonosor, los israelitas se preparan a luchar para defender a Jerusalén y el templo del Señor, su Dios.

Los israelitas se preparan para la resistencia, lo mismo acopiando víveres y ocupando lugares estratégicos, que invocando la ayuda del Señor. Han oído todas las atrocidades que cometía el ejército de Holofernes en nombre de Nabucodonosor y les preocupa, con mucha razón, Jerusalén y su santuario (4,2.6.8.11.13).

Los actos penitenciales, sacrificios y oraciones elevadas a Dios no se hacen para pedir perdón por algún pecado cometido, ni son signo de conversión y arrepentimiento. Manifiestan, mas bien, la convicción de que solo el Señor es el defensor del pueblo, el único que puede dar la victoria y evitar el desastre. Dios, que hasta este momento aparecía oculto y silencioso, oyó la voz del pueblo y vio su angustia (4,13). Lo cual constituye el inicio de la acción salvífica en favor de su pueblo.

El Dios de Israel no es indiferente al sufrimiento del inocente, tiene oídos para escuchar el clamor de su pueblo.

Holofernes habla con Ajior y lo entrega a los de Betulia (5,1-6,13)

Respuesta de Ajior y reacción del ejército asirio (5,1-21)

La respuesta que da Ajior a las preguntas de Holofernes (5,3-4) es una especie de relato de historia de salvación. El autor del libro de Judit pone, en boca de un extranjero, momentos puntuales de su vida como pueblo del Señor: su adhesión a Dios, la esclavitud en Egipto y su liberación. Ajior (y con él el autor del libro) deja claro que el Dios de los israelitas rechaza la injusticia y es fiel (5,17).

Ajior destaca asimismo que, mientras el pueblo es fiel y obediente, su Dios lo protege, lo escucha, lo libera y le asegura una presencia estable que lo hace progresar; pero cuando se aparta del camino indicado, lo abandona a su propia suerte hasta que se convierta. La situación actual del pueblo es de fidelidad y, a menos que se demuestre lo contrario, tiene asegurada la protección de su Dios.

Las últimas palabras de Ajior no sonaron nada bien a los oídos del ejército asirio, acostumbrados a dominar y a salir siempre victoriosos; su reacción va desde el murmullo a la amenaza y a la puesta en marcha.

El libro de Jdt deja claro que el alejamiento de Dios provoca desgracias. En la mentalidad de ese tiempo existía el convencimiento de que la mejor manera de vivir feliz consistía en no apartarse de Dios ni alejarse de sus mandamientos. Esto es verdad; posteriormente, a partir de Jesucristo y de lo que vamos aprendiendo con el testimonio de tantos seres humanos, nos hemos convencido de que Dios siempre es fiel, aun cuando el hombre falle; la mayoría de las desgracias que llegan no son porque Dios las quiera sino porque los seres humanos nos aferramos a contradecir sus planes. Siempre será preferible callar ante nuestra incapacidad de explicar el mal que decir que Dios lo permite o que Dios a quien ama lo hace sufrir.

Reacción de Holofernes (6,1-13)

El autor de Jdt contrapone aquí a los dos actores de la historia, que permanecen escondidos formulando la pregunta sobre el verdadero Dios. Por una parte, Ajior proclama la fidelidad y la potencia protectora del Dios de Israel que puede convertir a Holofernes en irrisión de toda la tierra; por la otra, el general del ejército asirio afirma que no existe ningún otro dios fuera de Nabucodonosor y da por hecho que los israelitas serán extirpados de la superficie de la tierra, sin que su Dios pueda liberarlos.

Según Holofernes, la suerte de los israelitas está fijada, lo mismo que la de Ajior, que es entregado para ser aniquilado junto con los de Betulia. El desarrollo de la historia, de ahora

en adelante, estará guiado por la contraposición entre la acción, aparentemente inexistente, del Dios de los israelitas y la dinámica del poder y la presunción representada por Holofernes y su ejército.

Es cierto que en la historia se juega la fidelidad de Dios, pero la historia es también el escenario donde se manifiesta la fidelidad de los seres humanos. Holofernes y Ajior junto con los israelitas enfrentan mucho más que un problema de teologías, es un asunto de fidelidad y compromiso con el Dios de la vida, el verdadero, y el ídolo que provoca muerte y destrucción.

Ajior es recibido en Betulia y da a conocer los planes de Holofernes (6,14-21)

Contrastan las actitudes de Holofernes y su ejército con la de los israelitas respecto de Ajior. Los primeros lo desprecian, lo condenan a muerte y lo expulsan del campamento; los segundos lo acogen amigablemente y le ofrecen una oportunidad de vida compartiendo la mesa con él. Para él, los antiguos amigos se convierten en enemigos, y viceversa. De esta manera, Ajior servirá de enlace entre la primera parte del libro y la segunda. Comprobando personalmente, y en beneficio propio, que cuanto había dicho a Holofernes era verdadero, su testimonio a favor de Israel redundará en vida para él.

Al final de esta sección aparece la palabra «noche», que adquiere, a partir de este momento, un sentido ambivalente. Por una parte es el tiempo de la incertidumbre, de la plegaria y de la vigilancia para los israelitas; por la otra, es el momento de la intervención de Dios en favor de su pueblo. La noche se contrapone al día, que es el tiempo favorable para el ejército asirio.

Campaña contra Betulia (7,1-32)

La exageración al presentar al ejército asirio cumple la función de disminuir la capacidad de resistencia de Betulia, de tal modo que ellos mismos constatan el peligro que se les está viniendo encima (7,4; cf. 2,7). La suerte de Betulia está fijada; basta simplemente dar la orden de asalto para hacer realidad el destino trágico de la ciudad y sus habitantes, no obstante sus aguerridos defensores.

La estrategia de Holofernes consiste en controlar los abastecimientos de agua que tienen los sitiados, de tal manera que los israelitas sucumban solos sin provocar ninguna baja en el ejército asirio; a este grado llega su arrogancia.

De esta manera se crea una situación insostenible: el asedio prolongado hace que se terminen los víveres y la población desfallezca. El pueblo se desanima ante la escasez de agua, se

rebela contra los jefes y se ilusiona imaginando un cambio de actitud del ejército invasor si la ciudad se rinde (cf. 7,21-29).

En esta situación los israelitas claman a Dios y sienten que los ha abandonado. Los jefes fijan un plazo para entregar la ciudad y satisfacer la petición del pueblo, cuya esperanza y confianza han llegado al límite; si Dios no actúa todo parece estar perdido.

El pueblo piensa que la situación se ha puesto tan desfavorable porque Dios los ha abandonado y que lo que está sucediendo es un castigo. Los dirigentes, ante la presión y por su incapacidad para hacer frente a la adversidad, solo se atreven a afirmar débilmente que el Señor Dios no los abandonará. Sin embargo, como dirá Judit después, están tentando a Dios.

Muchas veces el ser humano quiere que el Señor actúe sin involucrarse él mismo en el proyecto salvífico de Dios o incluso oponiéndose a él. Pero esta presunción es falsa, ya que la confianza en la certeza de la actuación de Dios debe llevar a un compromiso de la toda la persona.

SEGUNDA PARTE (8,1-16,25)

El autor del libro de Jdt, como excelente narrador, nos deja, después de lo que nos ha contado, con varios interrogantes que solo podrá resolver el lector que continúe leyendo el relato. ¿Podrá resistir un pueblo tan débil a un ejército tan poderoso? ¿Acudirá Dios en auxilio de los israelitas? ¿Quién los podrá salvar?

La segunda parte del libro (8,1-16,25) está dedicada a presentar la acción liberadora de Dios, por medio de Judit, una mujer israelita. Dios se vale de lo más desvalido, una viuda, para vencer al ejército más potente.

Los primeros versículos sirven para hacer entrar en escena a Judit (8,1-8), quien inmediatamente expresa su proyecto de salvar a Israel y decide salir de Betulia, en compañía de su criada, hacia el campamento enemigo (8,9-10,10). Una vez que ha vencido a Holofernes vuelve a Betulia (10,11-13,10) y da a conocer al pueblo su hazaña. El anuncio de la liberación provoca reacciones diversas, y todo culmina con una celebración (13,11-16,20). Para concluir, se nos dan los últimos detalles acerca de Judit (16,21-25).

Intervención de Judit (8,1-8)

Estos versículos interrumpen la narración, que se retoma en 8,9. Ellos sirven para introducir a Judit, la protagonista de los sucesos que se relatarán a continuación. Su nombre, que significa «judía», la presenta como modelo de «hija de Israel» y símbolo de su pueblo, la nación judía (ver 16,4).

La presentación de Judit no podía ser más elocuente: la mención de su genealogía es un modo de enraizarla en la tradición israelita; también se la describe como una mujer de piedad extraordinaria y profundamente ligada a su pueblo; de belleza deslumbrante, rica, prudente y sabia, una viuda de fama intachable. Es posible que los cuarenta meses de la viudez de Judit aludan a los cuarenta años del pueblo de Israel en el desierto, antes de entrar en la Tierra prometida.

La introducción y caracterización del nuevo personaje indica que algo importante está por suceder (cf. 1,1: Arfaxad; 2,4: Holofernes; 5,5: Ajior).

Judit y los dirigentes de Israel (8,9-36)

Las palabras de Judit (8,9-27)

De todo está enterada Judit. Ella convoca a los jefes israelitas en su casa –escena sorprendente pero significativa, pues ya está indicando su autoridad ante todo el pueblo–. Además, reprende a los jefes de Betulia por la temeridad con que han puesto a prueba a Dios y por ignorar su misterio. Y no solo han tentado a Dios, cosa que está prohibida por la Ley judía (Dt 6,6; cf. Éx 17,2.7), sino que también han cometido un acto de soberbia al intentar colocarse en el mismo plano que Dios o por encima de él. Ponerle plazos es no comprender sus designios y enfrentarse a él. Si ni siquiera son capaces de comprender el corazón humano –y quizá porque no son capaces de ello– menos lo serán de comprender a Dios. Ya el profeta Isaías había prevenido al pueblo sobre la diferencia radical entre lo que se imagina el hombre y lo que Dios quiere (Is 55,8-9).

¿Qué solución plantea entonces Judit? Invita a los jefes a que no irriten al Señor y cambien de actitud, abrigando nuevas esperanzas. Ella tiene la seguridad de que el Señor no los abandonará. Aunque no está bien exigirle garantías, pues Dios no es como los hombres (8,16), lo cierto es que el pueblo ya no practica la idolatría, causa de su ruina en el pasado (8,19-20). Ahora adoran al único Dios que no castiga con las pruebas, sino que amonesta como un buen padre. Por lo tanto, lo importante es tener confianza en Dios, saber esperar y discernir el modo de actuar de Dios. Judit (y con ella el autor de la obra) ve la prueba, no como un castigo, sino como una advertencia y una oportunidad para salir adelante.

En la solución que propone Judit hay también otra motivación, aparte de la conversión y la esperanza. Es el sentido de responsabilidad por el destino del pueblo y de sus símbolos (el altar y el templo). Precisamente porque todo hace pensar que se viene encima

una terrible catástrofe, es necesario adquirir plena conciencia de la gravedad del momento: *Porque si de hecho se apoderan de nosotros, caerá toda Judea; nuestro santuario será saqueado y nosotros tendremos que responder de esta profanación con nuestra propia sangre* (v. 21).

Las palabras de Ozías (8,28-31)

Las palabras de Ozías tienen tres momentos: 1) El reconoce la prudencia, la sabiduría y la bondad de Judit. 2) Ella tiene razón, pero no ha sopesado suficientemente la situación por la que están pasando y que los ha llevado a actuar de ese modo. Como si ya no hubiera suficientes problemas, ellos han hecho un juramento y ahora se sienten obligados a no quebrantarlo (v. 30). En la mentalidad oriental, la palabra dada hay que cumplirla, más todavía si hay de por medio un juramento, porque se ha puesto a Dios como testigo (cf. Nm 30,3; Jos 9,15-19; Jue 11,31). 3) Por eso pide a Judit, como mujer piadosa, que interceda por ellos y por el pueblo delante de Dios (v. 31).

Las últimas palabras de Ozías proponen una solución inmediata, que a lo sumo prolongaría la agonía del pueblo. Pero no está allí la verdadera solución, como enseguida lo pondrá en claro Judit.

Nueva intervención de Judit (8,32-36)

El error de Ozías es que ha desafiado a Dios, esperando todo de él sin poner nada de su parte. Por tanto, si las cosas no salen como ellos tienen pensado, el que fallaría sería Dios y no ellos. Judit acepta el reto de Ozías, pero con un plan que se mantendrá en secreto, al menos en las siguientes fases de su actuación. Judit confía en el Señor y acepta el riesgo con su doncella; los demás solo tendrán que esperar lo que haga esta valiente mujer.

La oración de Judit (9,1-14)

Antes de la presentación de Judit era todo el pueblo el que oraba y se preparaba para enfrentar al enemigo. De ahora en adelante ella sustituye al pueblo y a sus dirigentes, pero a diferencia del pueblo lo primero que hace es ponerse en oración y solo después se prepara de manera inmediata para realizar su plan.

El Dios que invoca Judit en su oración es el Dios de los Patriarcas (cf. 8,25; 9,2.12), el Dios creador que conduce la historia según sus propios designios (9,5-6.12) y se opone al engrandecimiento de los potentes y salva a los desvalidos (9,11).

Su petición se basa en que Israel es el pueblo de la alianza, el lugar donde Dios manifiesta su gloria, razón por la cual el pueblo pone solo en él su esperanza de auxilio (9,8.14). Por último, como la victoria de Dios no se basa en la potencia militar, Judit pide a Dios la ayude a ser ella misma el instrumento de liberación para su pueblo (9,9-10.13).

Terminada la oración, Judit da por hecho que Dios la ayudará y se prepara a cumplir su plan. Así como se había presentado la preparación del ejército asirio, ahora se hace con Judit; sus armas son su propia belleza corporal realzada por el perfume, los vestidos elegantes y las joyas, colocando como alimento solo y únicamente lo necesario y lícito para no contaminarse con los alimentos de los asirios, a cuyo campamento irá para librar su batalla definitiva.

Llegada de Judit al campamento enemigo (10,1-19)

La oración lleva a la acción. Ahora Judit se prepara detenidamente para ir al campamento enemigo. Esta preparación se describe como una especie de rito: se levantó, bajó a su casa, se quitó el vestido penitencial y dejó los vestidos de viuda, se bañó, se perfumó... El resultado final: quedó bellísima. La belleza de Judit es un tema permanente a lo largo de todo el libro (cf. 8,7a; 10,7.14.19.23; 12,13; 16,16).

La solemnidad con la que Judit sale de la ciudad y la bendición implorada por los dirigentes principales hacen de su acción un acto abiertamente religioso, al mismo tiempo que esperanzador.

Ahora cambia el escenario (10,11-19); de la ciudad de Betulia se pasa al campamento de los asirios. Inmediatamente las dos mujeres son interceptadas por una avanzadilla del ejército; en tiempo de guerra cualquier enemigo, por muy indefenso que parezca, es peligroso. Al ser interrogada, Judit responde que es hebrea y que huye de los hebreos para presentarse ante Holofernes. De las respuestas que da, la más importante es sin duda la que justifica su huida de los hebreos porque están a punto de caer en manos de los asirios. Esta afirmación contiene una gran carga de ironía, pues ella misma está convencida de que con el auxilio de Dios no sucumbirán.

El autor hace resaltar un contraste: los soldados piensan que los que se han quedado en Betulia perecerán, mientras que Judit, que se ha unido a ellos, ha salvado la vida junto con su sierva.

La propuesta de Judit es muy razonable y los soldados la aceptan. De este modo están cooperando para que se realice el plan de Judit para liberar al pueblo de Israel.

Judit triunfa sobre Holofernes (10,20-13,10)

Diálogo con Holofernes (10,20-11,19)

La llegada de Judit al campamento ha causado tanto revuelo que consideran de máximo interés informar a Holofernes, aunque ya esté descansando. Este queda deslumbrado por su belleza. Ella se postra ante él como un signo de respeto y no de adoración. Quizá por una orden del mismo Holofernes Judit es levantada por los sirvientes, poniéndola así al mismo nivel que él.

Los soldados habían recomendado a Judit que no tuviera miedo cuando llegara a presencia de Holofernes (10,16). Sin embargo, aunque él mismo diga que nunca le ha hecho daño a nadie que esté dispuesto a servir a Nabucodonosor (cf. 11,1), Judit (y los lectores) saben que eso no es cierto, ya que él había arrasado cruelmente incluso a los pueblos que se les habían sometido.

Mientras que en aquel tiempo era común pensar que la legitimidad estaba de parte del más fuerte, el libro de Jdt cuestiona esta creencia. Si un pueblo o un jefe tienen derecho a imponerse porque son los más fuertes, ¿qué alternativa le queda al débil? La acción de Judit va a poner de manifiesto precisamente que Dios está a favor del inocente y del débil.

El discurso de Judit (vv. 5-19) tiene que leerse teniendo en cuenta la ironía de su lenguaje, que da a entender lo contrario de lo que afirma. Así, por ejemplo, cuando ella dice: «Mi señor no fracasará en su empresa» (11,6), Holofernes piensa que el triunfador es él, cuando en realidad Judit se está refiriendo a Dios.

Holofernes se presenta como magnánimo al decir que los mismos israelitas se han buscado la situación en que se encuentran. Judit, en cambio, si bien es consciente de que el pueblo sucumbirá si peca contra Dios, está segura de que el pueblo no ha fallado y que el Señor intervendrá a su favor. No niega el peligro de la infidelidad y no quiere tentar a Dios poniéndole plazos, pero confía en que el pueblo se mantendrá fiel y que Dios actuará.

El libro de Judit deja clara una manera de pensar de aquel tiempo: si el pueblo es fiel, Dios lo es también; si no lo es, los males que sobrevienen son una prueba de Dios. Todo, lo bueno y lo malo, venía de la divinidad. Los cristianos, en cambio, sabemos que de Dios no puede venir nada malo (1 Jn 1,5), aunque el porqué del sufrimiento constituye un misterio difícil de entender. La fe cristiana pone su confianza en un Dios realmente bueno y fiel y no en uno a quien debemos responsabilizar permanentemente de nuestros fracasos y desgracias.

Judit se mantiene fiel (11,20-12,9)

Ni Holofernes ni sus servidores han captado la ironía de las palabras de Judit y terminan admirándola por su sabiduría y su belleza. El autor judío del libro de Judit pone en boca de Holofernes el convencimiento de que Dios, el Señor de Israel, ha enviado a Judit delante de su pueblo, al mismo tiempo que hace resaltar, una vez más, las intenciones del general del ejército asirio de arruinar a los israelitas.

El autor empieza a hacer notar de lo que es capaz Holofernes con tal de seducir a Judit: le promete cosas insospechadas, como convertirse al Dios de Israel, y le asegura que vivirá en la casa de Nabucodonosor (11,23). Sin embargo, Holofernes ni siquiera sospecha por qué va ser realmente famosa Judit.

El orgulloso general quiere deslumbrar a la sencilla aldeana ordenando que la lleven a donde tiene la vajilla de plata y mandando que le sirvan de su propia comida y vino. Inmediatamente el autor, pensando en sus lectores judíos, presenta a Judit respetuosa de las costumbres y normas alimenticias. La preocupación sobre qué va a hacer Judit cuando se le acaben sus provisiones le da pie a Holofernes para hacer una confesión de gran alcance: entre ellos, en el ejército asirio, no hay ningún israelita, es decir, ningún traidor.

Judit responde con unas palabras cargadas de sentido que reflejan su profunda esperanza en que realmente Dios librará al pueblo de Israel de la mano de los asirios.

El hecho de que salga a orar a la media noche tiene una fuerte carga simbólica, pues en la tradición bíblica ese momento es especial para las intervenciones de Dios (cf. Éx 12,29; Sab 18,14-16). Al autor le interesa darle protagonismo a Judit, de tal modo que no le importa que esta mande despertar a Holofernes para que le permita ir a orar; ya lo había hecho de su conocimiento (11,17). Aparte del sentido religioso también le servirá de preparación estratégica para cuando huyan del campamento, una vez que den muerte al general.

El baño de Judit tiene sentido ritual antes de hacer la oración. Sus súplicas se dirigen al Señor, pues la empresa es ardua y peligrosa (cap. 9). A su baño y oración le agrega el ayuno.

Judit reúne los dos elementos indispensables para que Dios actúe: fidelidad y responsabilidad; no solo se esfuerza por cumplir con profundo sentido todo lo que está establecido, sino que también ha tomado la iniciativa de enfrentar decididamente el problema, confiando siempre en Dios.

El banquete de Holofernes (12,10-20)

Antes que apareciera Judit, el pueblo de Israel llevaba sitiado treinta y cuatro días (7,20); Ozías, presionado por el pueblo, da un plazo de cinco

días (7,30), momento en el que interviene Judit. El día trigésimo quinto del asedio, Judit llega al campamento de los asirios, y permanece allí hasta el trigésimo octavo. Al cuarto día Holofernes ofrece el banquete a sus servidores y a Judit, y precisamente el cuadragésimo día ella cumple su palabra de salvar a su pueblo (13,1-10).

En 12,10-15 se describe la preparación del banquete. Desde el punto de vista de Holofernes ya es hora de actuar, pues han pasado tres días desde que Judit llegó al campamento; sin embargo, es al mismo tiempo el momento propicio para que también actúe Judit.

El eunuco Bagoas, por órdenes de su amo, va a invitar a Judit a que asista al banquete. En este momento saltan las intenciones malévolas de Holofernes y el banquete será la mejor excusa para hacer caer a Judit. Las aparentes palabras de acogida del eunuco de que se sienta honrada por su amo, para el lector judío son en realidad una deshonra y una trampa. Las palabras de Judit están otra vez cargadas de ironía; así como para Holofernes llegó el día propicio de deshonrar a Israel en una de sus mujeres, para Judit llegó el momento de no contradecir a «su señor». ¿Qué señor? A oídos del eunuco Bagoas hace referencia a Holofernes, pero para Judit es el tiempo de hacerle caso a su Señor, a Dios. Todo el resto del libro será una confirmación de esta disponibilidad de Judit para hacer la voluntad de su Señor, el Dios de Israel.

Muerte de Holofernes (13,1-10)

El banquete se ha prolongado hasta muy tarde y el eunuco, en complicidad con su amo, procura que este y Judit se queden solos, cerrando la tienda por fuera. Judit, por su parte, también había preparado todo cuidadosamente y había dado instrucciones a su criada para que la esperara fuera de su alcoba, ya que saldría como todos los demás días para hacer la oración; no había revelado su plan ni siquiera a su fiel sirvienta.

Holofernes está totalmente borracho; el cazador está a punto de ser cazado. Judit es presentada hablando con Dios, de pie. En ningún momento perdió la esperanza, ahora menos. Está convencida de la importancia trascendental de ese momento; con tal acción exaltará a Jerusalén y ayudará a la heredad de Dios, Israel.

La oración transforma radicalmente a Judit; no tiene miedo. Ora para que el Señor le dé fuerzas, no físicas sino sobre todo fuerza moral, pues para ella Dios es el Señor de la vida y de la muerte (cf. Dt 32,39; Tob 13,2).

Uno de los problemas principales que ha tenido que afrontar este libro es la moralidad o inmoralidad de Judit; una vez que ha seducido a Holofernes, lo mata cruelmente. Debemos ser cuidadosos y ubicar correctamente esta obra.

Para el autor no hay inconveniente en esta manera de proceder. Lo propone como algo normal y presenta a Judit como heroína nacional por obra y gracia de Dios (cf. 15,8-10; también Jue 4; 1 Sm 17).

Para afrontar correctamente esta problemática debemos ubicar el libro en la manera de pensar de aquel tiempo. Es indispensable leerlo teniendo en cuenta su género literario y tratar de descubrir dónde están los énfasis principales. También hay que preguntar hacia qué contenidos encauza toda su reflexión y, por último, leerlo en correlación con otros textos bíblicos, sobre todo con los evangelios.

Este relato hacía que el lector judío recordara las gestas antiguas, en las que se manifestaba la protección especial de Dios hacia su pueblo. Judit desea que no sean el poder y la violencia los que se impongan sobre los débiles, sino la razón y la justicia.

La victoria de Judit y el pueblo (13,11-16,21a)

Judit descubre su hazaña al pueblo (13,11-16)

Después de la muerte de Holofernes, las dos mujeres corren un peligro inminente. Por eso la huida hacia Betulia se produce de inmediato.

Era la madrugada del día quinto, el día en que se cumplía el plazo que habían puesto los jefes para entregar la ciudad a los enemigos (7,30-31; 8,11.30). Antes que le abran la puerta Judit grita una confesión: «¡Dios está con nosotros!» (v. 11). El éxodo (17,7) nos recuerda que el pueblo de Israel había dudado de la presencia de Dios; Moisés se había encargado de mostrar que Dios siempre había estado con ellos; ahora Judit cumple un papel parecido. Ante aquellos que junto con sus jefes habían dudado y que en ese mismo momento no creían en lo que veían, Judit grita emocionada la verdad de la que nunca había dudado: ¡Dios está con nosotros! Hay que alabar a Dios, porque él ha manifestado su misericordia a través de la acción de una mujer que no permitió ser manchada con nada, ya que habría sido una deshonra triunfar sobre el enemigo mediante una transgresión de la Ley. La misericordia de Dios se manifestó a través de la debilidad y la audacia de una mujer, y así el pueblo pasó de la desesperación a la esperanza.

Alabanzas a Dios y a Judit (13,17-20)

La victoria de Judit suscita una actitud de adoración a Dios por una hazaña tan grande. Ozías, como uno de los jefes principales, toma la palabra y proclama una serie de bendiciones con sabor patriarcal, que dan continuación a la alabanza iniciada por el pueblo en el v. 17. Ozías había sido el último en hablar con Judit cuan-

do ella salía de la ciudad hacia el campamento asirio y fue también quien imploró la protección del Señor para ella. Ahora es Ozías el primero del pueblo que bendice a Judit.

La primera bendición: «Hija, que te bendiga el Dios Altísimo» (v. 18a) es muy semejante a la de Gn 14,19a, cuando Melquisedec bendice a Abraham al volver este vencedor de una correría; la bendición se hace en tono poético e indica la alta estima que les merece Judit, ya que la comparan con el padre por excelencia, Abraham.

Con la proclamación de «entre todas las mujeres de la tierra», que hace referencia a las palabras de Débora (Jue 5,24a), Ozías desea que el Señor colme a Judit de sus bendiciones, más que a cualquier otra mujer sobre la faz de la tierra, pues ella ha sido una bendición para él y su pueblo.

A la bendición inicial sobre Judit, Ozías agrega una proclamación del Señor; Dios creador y Dueño de todo (cf. 9,12; cf. Is 45,6-7). El Dios creador interviene también en la historia; por eso ha guiado a Judit para que derrotara a los enemigos.

Consumación de la victoria (14,1-15,7)

Órdenes de Judit y conversión de Ajior (14,1-10)

Judit escucha con atención las palabras de Ozías, pero no olvida que la situación es de emergencia; hay que actuar con rapidez. Por eso se dirige al pueblo como un jefe del ejército (cf. Débora en Jue 4), pero sin ponerse por encima de nadie, ya que llama «hermanos» a sus compatriotas. La orden que da Judit de colocar la cabeza de Holofernes en una de las almenas tiene una intención doble: animar a los de Betulia y desalentar al ejército asirio; a esta acción le agrega un ataque simulado, antes de caer sobre ellos realmente.

El autor aprovecha este momento para retomar el caso de Ajior con una intención muy clara: dar su punto de vista sobre la conversión de los paganos al judaísmo. Ajior reconoce lo que había hecho el Dios de Israel, cree con firmeza, se circuncida y se integra a la comunidad. Esta presentación va de menos a más y hay que verla más como un proceso que como acciones aisladas. El autor del libro de Judit se ubica en la tradición israelita que presenta una visión universalista de la salvación (cf. 2 Re 5; Is 2,2-3).

Reacción de los asirios e intervención de los israelitas (14,11-15,7)

14,11 conecta de nuevo con 14,4, después del paréntesis de la conversión de Ajior, para presentarnos la reacción de los asirios.

Los defensores de Betulia han seguido al pie de la letra las instrucciones de Judit; los que antes estaban tristes y desanimados están llenos de valor y de seguridad en el triunfo. En cambio, en el campo asirio hay precipitación, desconcierto, falta de liderazgo, terror y dispersión; el que parecía ser el vencedor invisible ha sido vencido; el dominado se ha levantado.

Judit ha dado una contundente respuesta a los israelitas que pensaban que Dios los había abandonado (cf. 7,25) y a los enemigos que pensaban que Dios no intervendría en favor de ellos (cf. 6,2).

Alabanzas a Judit (15,8-13)

Ahora, ya no solo los de Betulia aclaman a Judit, sino todo el pueblo de Israel, representado por sus legítimas autoridades. El sumo sacerdote y el senado de Jerusalén tributan a Judit un merecido homenaje. El que una ciudad tan pequeña y una mujer hayan salvado a Israel son motivos suficientes para descubrir ahí las maravillas del Señor en favor de su pueblo.

Las alabanzas a Judit van de menos a más: Jerusalén, Israel, raza, dando con esto una valoración que supera el espacio y el tiempo; Judit se ha convertido en la bienhechora del pueblo.

En 15,11 se introduce un intermedio sobre el saqueo, en conexión con la fiesta. Como ya se había hablado del saqueo en 15,6-7, cabe preguntar por qué se vuelve otra vez sobre el tema. El autor lo pone ahora como un motivo más de la fiesta (cf. Is 9,2), pues es un signo evidente de la victoria de Dios. A Judit le corresponde una parte muy especial del botín, que después ella presentará íntegramente como ofrenda para el Señor.

Cántico de Judit (15,14-16,17)

El himno da continuidad a las fiestas cívico-religiosas. Con mucha seguridad está inspirado en dos grandes himnos del AT: en el de Moisés de Éx 15,1-18 y en el de Débora de Jue 5. Al himno le antecede una introducción breve (15,14) y se puede dividir en dos partes: alabanza al Señor de la historia (16,1-12), alabanza al Señor de la creación (16,13-17).

Es un himno de acción de gracias (15,14) que empieza alabando al Señor porque se ha puesto fin a la guerra y ha estado presente para librar de sus perseguidores a Judit y, en ella, a todo el pueblo.

El Señor de la historia (16,1-12)

El Señor se ha servido de una mujer para rechazar a los enemigos arrogantes. Dios no per-

mitió que el enemigo hiciera daño a su pueblo, sino que los ha librado de una gran desgracia. Ellos estuvieron a punto de padecer incendios, aniquilación por la espada, muerte de sus niños, raptos de sus doncellas. Pero Dios se hizo presente a través de una mujer: la debilidad triunfó sobre la fuerza; un pueblo débil pero fiel a Dios obtuvo la victoria. La disponibilidad y decisión de Judit, unidas a sus encantos personales, le permitieron ser un instrumento eficaz para que se hiciera presente la acción liberadora de Dios. Así los débiles han triunfado. Los asirios los habían despreciado como a esclavos (14,13.18), pero ahora se habían alzado como verdaderos guerreros. El triunfo, sin embargo, no les pertenece ni a ellos ni a Judit, sino que es la victoria de Dios.

El Señor de la creación (16,13-17)

Del Dios que actúa en la historia pasa al Dios de la creación, del Dios liberador al Dios creador. Continúa la alabanza pero se abre totalmente el horizonte a la creación entera; ya no es solo el pueblo de Israel, sino toda la creación, la que alaba al Señor; su proclamación de fe en esta alabanza manifiesta a un Señor universal.

Al final no han triunfado los endiosados Holofernes y Nabucodonosor, sino el Dios verdadero, el Dios de Israel. Judit canta la grandeza de Dios que no se opone al hombre sino que es más bien causa de su alegría.

Este Dios todopoderoso no se deja impresionar con sacrificios de suave olor; más bien, está atento a la disposición de la persona; lo importante es que se le tema, es decir, a que se le dé el lugar que le corresponde (cf. Jr 7,22-23; Miq 6,6-8; Am 5,24). El culto realmente aceptable es el que va acompañado de justicia, obediencia, humildad. La persona que tiene estas actitudes y actúa en consecuencia será grande para siempre.

Al terminar el cántico Judit lanza un ¡ay! contra las naciones que atacan a su raza. Lo que ha sucedido debe servir de enseñanza para la historia. Los elementos de juicio mencionados son muy conocidos en textos como Jl 4,1-14; Is 66,24; Eclo 7,17; 2 Mac 9,9.

Fiesta en Jerusalén (16,18-21a)

Todos, pueblo y autoridades civiles y religiosas, han llegado a Jerusalén. El peligro se ha alejado; ahora entra en escena Jerusalén con un ambiente prolongado de fiestas.

Lo primero que hace el pueblo es acercarse al templo, signo visible de la presencia de Dios para cualquier israelita (1 Re 8,13.27-30; Ag 2,4-9); adoran al Señor, antes de ofrecer los sacrificios se purifican, y como era

costumbre en las grandes fiestas, ofrecen holocaustos, ofrendas votivas y sacrificios voluntarios (cf. Lv 23,37; Nm 28-29; Ez 46,11-15; 1 Re 8,64).

El autor se complace en destacar la generosidad de Judit: no se quedó con nada, todo lo ofreció al Señor.

Las fiestas se prolongaron y después, una vez libres de peligro, volvieron a la vida normal.

Conclusión (16,21b-25)

El final es semejante a otros epílogos célebres en la Escritura (cf. Tob 14,12-15; Job 42,10-17) donde se llega a un final feliz. El autor no pierde la oportunidad de señalar todavía algunas cualidades de Judit. Así, enfatiza que no volvió a casarse, aunque tuvo muchos pretendientes. Dios la bendijo con una larga vida como a muchos otros justos y amigos de Dios (cf. Éx 20,12; Dt 4,40; 5,16; Sal 21,5; Prov 16,31). Y por si fuera poco, la que había actuado a favor de la liberación de su pueblo tiene un

gesto más: da la libertad a su sierva, que había sido un sublime ejemplo de fidelidad y amistad.

Después de decirnos que su muerte fue muy sentida por los israelitas, el final del libro termina al estilo del libro de los Jueces: «Mientras vivió Judit y durante mucho tiempo después de su muerte, nadie volvió a atemorizar a los israelitas» (cf. Jue 3,11.30; 5,32; 8,28).

Su entrega valió la pena, no solo por el resultado conseguido, sino sobre todo porque el pueblo descubrió ahí la presencia de su Dios.

BIBLIOGRAFÍA

- Eslin, M.S., *The Book of Judith*, Leiden 1972.
 Montague, G. T., *The Books of Esther and Judith*, Nueva York 1973.
 Moore, A. C., *Book of Judith*, Nueva York 1985.
 Vanderkam, J.C., *No one spoke ill of her. Essay on Judith*, Atlanta 1992.
 Vílchez, J., *Tobías y Judit*, Estella 2000.
 —, «Sobre el género literario del libro de Judit», *Est Bib* 57 (1999) 769-775.
 Zenger, E., *Das Buch Judit*, Gütersloh 1981.